

Los marcos de la sociabilidad en el País Vasco contemporáneo

(Sociability frameworks in the contemporary Basque Country)

Luengo Teixidor, Félix

Univ. del País Vasco. Dpto. de Historia Contemporánea.

Apdo. 644. 48080 Bilbao

hcplutef@lg.ehu.es

Recep.: 24.02.2003

BIBLID [1136-6834 (2003), 33; 139-157]

Acep.: 17.10.2003

Análisis de la evolución y características de los marcos de la sociabilidad en el País Vasco, desde la consolidación del régimen liberal hasta nuestros días. Las distintas etapas cronológicas nos permiten ir señalando algunas de sus facetas, en diferentes ámbitos: la vida privada o familiar, el ocio y la vida cotidiana, el mundo laboral, la política, y la cultura.

Palabras Clave: Sociabilidad. País Vasco. Contemporáneo.

Euskal Herriko soziabilitate-esparruek izan dituzten bilakaera eta horien ezaugarriak aztertzen dira, erregimen liberala finkatu zenetik gaur artean. Hainbat aldi kronologiko bereizteak alderdi horietako batzuk nabarmentzeko bidea ematen digu: bizitza pribatua edo familiakoa, astialdia eta eguneroko bizitza, lan mundua, politika eta kultura.

Giltza-Hitzak: Soziabilitatea. Euskal Herria. Gaur egungoa.

Analyse de l'évolution et caractéristiques des cadres de la sociabilité en Pays Basque, depuis la consolidation du régime libéral jusqu'à nos jours. Les différentes étapes chronologiques nous permettent de signaler quelques-unes de ces facettes, dans différents domaines: la vie privée ou familiale, les loisirs et la vie quotidienne, le monde du travail, la politique et la culture.

Mots Clés: Sociabilité. Pays Basque. Contemporain.

El origen de estas páginas está en la invitación que el Comité Organizador de las “VII Jornadas de Historia Local”, que se celebraron en Portugalete en octubre de 2002 bajo el impulso de la sección de Geografía e Historia de *Eusko Ikaskuntza - Sociedad de Estudios Vascos*, me cursó para participar en ellas, presentando una ponencia sobre los “espacios de sociabilidad” en Euskal Herria en la época contemporánea. Una invitación que yo acepté con gusto, pese a lo dificultoso que se me antojaba presentar un texto que resultara del suficiente interés o con las suficientes aportaciones para merecer su atención y su posterior publicación.

Buena parte de estas dudas se debían, sin duda, al hecho innegable de que, pese a la invertebrada tradición de sociedades populares y de sociabilidad de la que solemos hacer gala en el País Vasco, los estudios históricos sobre la sociabilidad o si se quiere sobre los marcos o espacios de la sociabilidad, están todavía muy escasamente desarrollados entre nosotros, y que, por tanto, se hace difícil presentar un balance general mínimamente coherente y completo de estos fenómenos y de su evolución. Por contra, esa misma razón me animaba también a avanzar en un trabajo que puede permitir –eso espero– un cierto empuje que nos facilite, aunque sea todavía de forma un tanto genérica e incompleta, conocer mejor algunos aspectos de interés en este campo que se propone. Sus resultados, ya lo adelanto, no pretenden presentarse como un avance significativo de nuestros conocimientos sobre la materia, sino como unas meras reflexiones sobre algunas de sus múltiples facetas, en base a lo que ya conocemos y en base a lo que, en mi opinión, deberíamos prestar una mayor atención si queremos seguir avanzando en el análisis de estos temas.

Mis pretensiones a la hora de escribir estas páginas eran y son, en resumidas cuentas, las de recorrer el amplio marco cronológico de la contemporaneidad señalando, para cada momento, la evolución y características fundamentales de algunos de los múltiples aspectos que pueden incluirse en el análisis de lo solemos definir como marcos de la sociabilidad. Para ello, antes que nada, es preciso señalar algunas mínimas referencias teóricas y metodológicas, que nos permitan fijar el contenido de la propuesta y las razones que la explican.

No quiero extenderme en exceso en estas referencias, a las que en estas mismas jornadas se han dedicado ya expresamente otras ponencias, en especial la de Jordi Canal, a cuya mayor autoridad en la materia remito para una mejor concreción y para las necesarias referencias bibliográficas. No quiero, tampoco, repetir lo que ya he dejado escrito en otros textos¹. Pero no puedo obviar algunos de estos aspectos teóricos y metodológicos que me parece que es necesario cono-

1. LUENGO TEIXIDOR, Félix, *San Sebastián. La vida cotidiana de una ciudad*, San Sebastián, 2000 (ver su capítulo introductorio); y LUENGO TEIXIDOR, Félix, “Los marcos de la sociabilidad”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.), *Las claves de la España del siglo XX. La modernización social*, Madrid, 2001, pp. 367-380.

cer para abordar con garantías estos temas. Y más en este campo de la sociabilidad tan difícil de abordar desde nuestra perspectiva de historiadores, dada su enorme complejidad, su inabarcable extensión y las diversas y variadas trampas metodológicas en las que solemos caer al intentar abordarlo. Por eso algo diré sobre ello, por lo menos para intentar delimitar el ámbito y alcance del análisis o las intenciones de mi intervención.

En cualquier caso no quiero empezar repitiendo aquí, una vez más, las diversas definiciones que suelen aportarse sobre el concepto de sociabilidad, ni extenderme sobre la complejidad y heterogeneidad de todo lo que podemos incluir como “marco” o “espacio” de sociabilidad. Esto me parece ocioso y no voy a intentar hacer ningún tipo de repertorio. Queda ya suficientemente claro que la convivencia entre los seres humanos o entre los grupos sociales tiene múltiples y diversas manifestaciones –tanto en los ámbitos públicos como en los privados– y que eso es precisamente lo que hace de su análisis algo difícilmente abarcable en su totalidad.

Ahora bien, dado que somos conscientes de esa complejidad y de la excesiva extensión del concepto, lo primero que conviene hacer es delimitarlo e intentar convertirlo en algo manejable y útil para nuestras necesidades como historiadores. Lo que no es sencillo y no tiene, probablemente, una receta generalizable. Lo más sensato, desde mi punto de vista, es aclarar primero cuales serían esas necesidades de historiadores a las que me refiero. Y, aunque estas pueden variar de acuerdo con las pretensiones de la investigación, con su marco cronológico, con su ámbito territorial, y con un largo etcétera, si que hay algunos elementos que creo podemos y debemos tener siempre presentes.

El primero, y ya lo he apuntado en otras ocasiones, es el de la necesidad de priorizar en nuestro análisis lo relativo al cambio o la permanencia, es decir al tiempo histórico. Seguimos cayendo excesivamente en el error de reducir nuestros trabajos pretendidamente históricos, en este campo de la sociabilidad, a una mera utilización de estos conceptos, que tomamos prestados de otras disciplinas afines –en este caso de la Sociología y de la Antropología– sin aprovecharlos para sumar aportaciones válidas para el conocimiento histórico. Es decir, sin prestar la debida atención a su evolución o su permanencia en el tiempo. El resultado no es necesariamente un mal trabajo. Puede ser excelente y puede darnos una excelente visión sobre una sociedad o sobre alguna de sus facetas en un momento histórico determinado, lo que no es poco. Pero quizás esos trabajos deberíamos catalogarlos mejor como estudios antropológicos o sociológicos –dentro de la sociología histórica si se quiere– y no presentarlos como trabajos históricos. Creo que nuestro interés como historiadores debe ir más allá. Debemos preocuparnos por el tiempo histórico. Nuestro interés por la sociabilidad debe ir vinculado a los aportes que ésta pueda proporcionarnos para entender la evolución histórica, que en definitiva es lo que nos interesa como historiadores. Y para ello tenemos que ser capaces de analizarla en el tiempo. Lo importante es ver y comprender su evolución, analizando sus causas y consecuencias.

Consciente de ello, mi primer objetivo, a la hora de abordar esta ponencia, va a ser el de intentar establecer una periodización que nos permita abordar el análisis de los marcos de sociabilidad característicos del País Vasco durante esto que conocemos como época contemporánea, atendiendo principalmente a su evolución, a sus cambios o sus permanencias.

La contemporaneidad –el ámbito cronológico que a mí me interesa y del que voy a ocuparme aquí– no es, desde luego, como a veces se pretende, la única etapa vinculada a estos fenómenos que conocemos como “sociabilidad”, pero sí lo son algunas de sus manifestaciones más interesantes. En este mismo sentido tampoco creo que éstos fenómenos estén exclusivamente vinculados a los procesos de urbanización, uno de los más característicos de esa contemporaneidad –aunque de nuevo diremos que la ciudad es protagonista indiscutible de algunas de esas manifestaciones y, por lo tanto, uno de los marcos privilegiados en su análisis. A ello me referiré también en estas páginas.

En cualquier caso, esto me da pie a otro comentario metodológico vinculado a lo ya dicho hasta ahora, que es mi insistencia en no desvincular estos fenómenos de otras facetas del análisis histórico. Tenemos que tener siempre en cuenta que conocer las formas y los ámbitos de la sociabilidad, su evolución, sus cambios y transformaciones no va a proporcionarnos, por sí mismo, un conocimiento suficiente sobre nuestro objeto de estudio –sea este cual sea–, si no somos capaces de interrelacionarlo con otros variables aspectos, ya sea del ámbito de la política, de la estructura social, de los procesos de urbanización, del desarrollo económico, del mundo de las representaciones, etc. En definitiva, debemos insistir en la necesidad de buscar objetivos más ambiciosos a la hora de abordar el tema de la sociabilidad –siempre desde la óptica de nuestros intereses como historiadores– y asumir que, pese a su indudable atractivo y pese al innegable interés que su análisis aporta para conocer importantes aspectos de la evolución social, política, o incluso psicológica, etc. de grupos, sociedades, clases o personas, debemos tener presentes esos otros múltiples factores si lo que pretendemos es conocer los complejos procesos de la evolución histórica. A ello iremos haciendo referencia a lo largo de nuestro análisis.

Todo esto tampoco resuelve el grave problema ya aludido al principio de la excesiva heterogeneidad y amplitud del concepto, para el cual ya adelantaba que creo no hay una receta clara. ¿Qué es, en definitiva, lo que podemos o debemos incluir al hablar de los marcos de sociabilidad? dado, insisto, lo inabarcable del concepto. La solución, sin duda, hay que buscarla caso por caso, de acuerdo con el momento, el espacio, el objeto de análisis o las propias pretensiones de nuestro trabajo, aunque sin olvidar, como a veces se hace, los diferentes ámbitos donde se relacionan los grupos humanos, sean públicos o privados, sean formales o informales. En este sentido hay que evitar caer en la tentación, muy típica sobre todo de los contemporaneístas, de confundir asociacionismo con sociabilidad. Este es un elemento clave de ella –que bien merece estudios independientes y pormenorizados– pero que no completa el rico y complejo mundo de la

sociabilidad, como a veces su pretende. Podemos poner múltiples ejemplos de ello. Véase el de presentar como un estudio de la sociabilidad política el mero análisis exclusivo de la estructura interna de los partidos políticos, dejando fuera de él temas de tanto interés como el de los mítines, las manifestaciones, las tertulias, el proselitismo de taberna y café, etc.

Mi intención, por tanto, en las páginas que siguen, no es dedicar una excesiva atención al asociacionismo, del que lógicamente hablaremos (aunque sin practicar, por ejemplo, ese ejercicio tan habitual de categorización de las asociaciones –distinguir peñas, casinos, sociedades de amigos...–), pero sin convertirlo en el único referente de un fenómeno que se pretende más amplio y complejo. Esto implica, también, la advertencia previa e inevitable de su carácter incompleto y deficiente. No se pretende, ni mucho menos, ya no sólo agotar, ni tan siquiera hacer algo parecido a lo que sería un “estado de la cuestión” mínimamente completo. Mis intenciones, mucho más modestas, van a limitarse a ir señalando telegráficamente, fase por fase, algunas de las cosas que sabemos en torno a estos fenómenos de la sociabilidad y algunas otras que se me ocurre sería interesante saber más. Y aunque citaré a autores y obras que se han ocupado directa o indirectamente de estos temas, no pretendo tampoco agotar la citas ni presentar esto como un estudio historiográfico, dado que soy consciente de las muchas ausencias.

Una última advertencia. La periodización cronológica que propongo es, lógicamente, una periodización somera, a grandes trazos, que debería sin duda matizarse de acuerdo a los diferentes ámbitos, ya sean territoriales ya sean de estudio. Dentro de cada una de estas grandes etapas que voy a proponer iré señalando algunos de los diferentes ámbitos, siempre sin carácter exhaustivo, que pueden analizarse dentro de este complejo mundo de la sociabilidad y de sus espacios y que, para una mejor definición, he dividido en los referentes a la vida privada o familiar, el mundo del ocio y la vida cotidiana, el mundo laboral, el mundo de la política y el mundo de la cultura y de la representación.

1833-1876

Si fijamos el inicio de la contemporaneidad en el momento de la consolidación definitiva del régimen liberal –en torno al año 1833–, podemos alargar la primera de las etapas que abarcaremos hasta el final de la II Guerra Carlista, en 1876. Entre esas dos fechas se asiste, en el País Vasco, a las profundas transformaciones que acompañaron el tránsito desde una sociedad de Antiguo Régimen a una sociedad liberal. Cambios profundos que afectaron a todos los ámbitos de su vida: política, social, económica e incluso cultural. A nadie se le escapa, por ello, el enorme interés de estos años a los que, sin embargo, para el tema que nos ocupa, los investigadores no han prestado todavía, creo yo, una suficiente atención.

Es complicado hacer un recuento pormenorizado de todas las facetas de esos cambios que, de una forma u otra, interfieren en esa amplísima gama de

elementos que podemos incluir entre los denominados marcos de sociabilidad. Intentaremos, con todo, hacer un repaso de alguno de ellos:

Conocemos bien, gracias al trabajo de un amplio núcleo de historiadores que se mueven en el ámbito de la demografía histórica y de la historia social, las profundas transformaciones que se produjeron, en esta etapa, en el campo de la familia y de la vida privada. Trabajos como los de González Portilla y su equipo, Urrutikoetxea, Arbaiza, Pérez-Fuentes, Mikelarena, García-Sanz Marcotegui, Ortega, Piquero y otros han analizado el fenómeno de la transición demográfica, destacando las grandes transformaciones que se aprecian en estos años en la estructura y dimensión de las familias, y en sus estrategias². El descenso de la troncalidad y el paulatino ascenso de una economía familiar con mayor dependencia del mercado, implicó una nueva organización de los recursos humanos y de las estrategias familiares de supervivencia, que alteraron profundamente las relaciones sociales, en toda su complejidad.

Conocemos también las nuevas realidades del mundo rural, consecuencia de la crisis del Antiguo Régimen, y que se traducen en una pérdida del papel hegemónico del linaje y del solar (el territorio o el caserío) como representación corporativa de lo social, a favor del peso del individuo, característica del nuevo modelo liberal-burgués³. Unos cambios, en general, mal asumidos por un mundo rural que se vuelca en lo tradicional –que siguió conservando, por ello, parte de su vigencia– pero que no evita la paulatina consolidación de nuevos conceptos de vida cotidiana y, consecuentemente, de nuevas formas de sociabilidad y de modos de vida, de los que, sin embargo, todavía sabemos muy poco. (pienso, por ejemplo, en como pudo afectar, en la vida familiar del caserío, la paulatina incorporación de algunos de sus miembros en el mundo laboral regularizado, la emigración temporal hacia la ciudad, la comercialización...). La fuerte presencia de la Iglesia, que mantuvo intactos los mecanismos de difusión de sus mensajes, la importancia socializadora de las cofradías o del sistema de solidaridades vecinales como el trabajo en “auzolan”, las romerías o la celebración regular de ferias y mercados, son también elementos imprescindibles para el análisis de los marcos de la sociabilidad en el mundo rural de estos años⁴.

2. No se pretende hacer aquí una presentación pormenorizada de la amplísima bibliografía sobre demografía histórica que se ha publicado en estos últimos años sobre el País Vasco. Baste destacar, entre otros títulos, los de GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y su equipo (ARBAIZA, BEASCOECHEA, NOVO, PAREJA, PÉREZ-FUENTES, SERRANO Y ZÁRRAGA), *Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo (Economía, población y ciudad)*, Bilbao, 1995, y *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, Bilbao, 2001; o el de ARBAIZA, Mercedes, *Estrategias familiares y transición demográfica en Vizcaya (1825-1930)*, Bilbao, 1994. A ellos remito para una bibliografía más amplia.

3. Tesis desarrollada por URRUTIKOETXEA, José, *En una mesa y compañía. Caserío y familia campesina en la crisis de la “sociedad tradicional”. Irún, 1766-1845*, San Sebastián, 1992.

4. Sobre los mecanismos de difusión ideológica de la iglesia y la importancia de las cofradías puede verse el libro de MADARIAGA, Juan, *Una Noble Señora: Herie Anderea. Actitudes ante la muerte en el País Vasco, siglos XIX y XX*, Bilbao, 1998. Sobre cofradías han trabajado también ERKOREKA Jose I., *Análisis histórico-institucional de las cofradías de mareantes del País Vasco*, Bilbao, 1991; o ARREGUI, Gurutzí, “Funciones de la Cofradía en la Anteiglesia de Bizkaia, siglos XVIII y XIX”, en el *IX Congreso de Estudios Vascos, Eusko Ikaskuntza*, San Sebastián, 1984, pp. 351-357.

Otros libros, como los de Valverde sobre infancia abandonada o como el de Gracia sobre mendigos y vagabundos, aunque no dedican sus páginas expresamente al campo de la sociabilidad, también aportan elementos de gran interés para conocer algunos referentes destacables de la vida cotidiana⁵.

Algo más de interés se ha dedicado a los procesos de urbanización, y a su paulatina configuración como ciudades burguesas. Yo conozco con mayor detenimiento el caso donostiarra, con sus peculiaridades de ciudad turística. Allí hemos podido determinar los cambios que se producen en sus ámbitos de sociabilidad, en estos años, en torno al veraneo y al interés por dotar a la ciudad de un aire elegante y distinguido⁶. A medida que la ciudad crece, constreñida por sus murallas –hasta su derribo en 1863–, creció el interés de sus autoridades locales por regular y controlar el uso del espacio. Un mayor control social que afecta tanto a la regularización de sus fiestas, por ejemplo, como al progresivo alejamiento de sidrerías y tabernas populares hacia el extrarradio, sustituyéndolas en el centro urbano los nuevos cafés, más elitistas y elegantes. Estos –de cuya primera existencia tenemos noticias ya a finales del siglo XVIII– pasaron a convertirse en los principales protagonistas del ocio burgués⁷; aunque pronto se oirán quejas también de una excesiva aglomeración de sus locales. También hubo una estricta regularización de las playas –con una férrea reglamentación de horarios y de espacios de utilización por sexos y clases– o de los grandes paseos, como escaparates del ocio burgués.

Sobre el control social también ha trabajado Juan Gracia en su estudio sobre la sociabilidad del pauperismo en Bilbao, una sociabilidad que tiene como principales protagonistas la calle y la taberna⁸. Sobre Bilbao contamos, (además de buenos textos literarios de recuerdos sobre el Bilbao de la época, como los de José de Orueta, Emiliano Arriaga, Juan Carlos Gortázar o Rafael Sánchez Mazas, como los hay también para las otras capitales vascas: San Sebastián –Calei-Cale, Peña, Navarrete, Alcain...–, o Vitoria –Alfaro–) con un trabajo que publicó Joseba Agirreazkuenaga, en el que analiza los distintos espacios de la sociabilidad burguesa y popular, destacando la presencia, para 1869, de en torno a 160 tabernas, 13 cafés y 6 sociedades de recreo –entre ellas la más emblemática,

5. VALVERDE, Lola, *Entre el deshonor y la miseria. Infancia abandonada en Guipúzcoa y Navarra. Siglos XVIII y XIX*, Bilbao, 1994; y GRACIA, Juan, *Mendigos y vagabundos en Vizcaya (1766-1833)*, Bilbao, 1993.

6. Ver LUENGO TEIXIDOR, Félix, *San Sebastián. La vida cotidiana de una ciudad*, op. cit.

7. Ver LUENGO TEIXIDOR, Félix, “De la taberna a la sociedad popular: ocio y sociabilidad donostiarra en la primera mitad del siglo XIX (1813-1863)”, en CASTELLS, Luis (ed.) *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, 1999. Sobre los cafés ver también FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, “Los primeros cafés en España (1758-1808): nueva sociabilidad urbana y lugares públicos de afrancesamiento”, en AYMES, Jean-René (ed.), *L’image de la France en Espagne pendant la seconde moitié du XVIII e siècle*, Paris, 1996, pp. 63-82.

8. GRACIA, Juan, “Trayectorias vitales y formas de sociabilidad en el pauperismo marginal en Bilbao (1700-1850)”, conferencia pronunciada en el *III Seminario de historia de las mentalidades: la vida cotidiana en el mundo urbano* (Vitoria, 1994) (sin publicar).

La Bilbaína, fundada en 1839-, además de otras muchas pequeñas sociedades populares, los cuarteles, que Sánchez Mazas describía como “*especie de tabernitas populares*”. De nuevo el café –con sus juegos característicos y sus tertulias tanto políticas como literarias– para el ocio burgués, y la taberna para el ocio popular, junto a las nacientes sociedades de amigos, son los principales marcos de sociabilidad urbana de la capital vizcaína⁹.

Menos conocemos de la vida social de Vitoria, marcada sin duda por su carácter de ciudad de provincias con fuerte presencia militar y clerical –ciudad levítica, en expresión de Antonio Rivera¹⁰–, donde el paseo por la calle de la Estación o por los arcos de la Plaza Nueva, junto con la popularidad del deporte de la caza, los cafés y algunos casinos y sociedades populares, marcaban el ritmo tranquilo del ocio de sus ciudadanos, según la visión de su más destacado cronista Tomás de Alfaro¹¹.

En torno a la década de 1840 fechamos también la aparición en San Sebastián de sus primeras sociedades “populares” –que en parte huían de esa regularización de espacios y horarios impuestas por las autoridades y de la aglomeración de los locales públicos– y cuyas características generales no difieren, en absoluto, de las que se han descrito para estos mismo años en el resto de ciudades de España. Unas características que se corresponden con el modelo descrito por el propio Agulhon para todo el espacio Mediterráneo. Son sociedades de amigos, algunas claramente vinculadas a la burguesía –en la caso donostiarra la primera que conocemos es la denominada precisamente “Reunión de Amigos” o “Círculo de la Amistad”, con locales abiertos en la Plaza Nueva, que aparece citada en el diccionario de Madoz y en otros textos de la época– otras a los artesanos –“La Fraternal”, fundada en 1843–, todas ellas sociedades de hombres, apolíticas y donde se jugaba, se bebía o se leía la prensa.

Algunas de estas sociedades de artesanos compaginaron su carácter de ocio, con una función mutualista, vinculadas también por tanto al ámbito laboral. El mutualismo, las Sociedades de Socorros Mutuos, es sin duda otro campo de interés apasionante dentro de la sociabilidad en esta época, tanto como reflejo de una sociedad en crisis –la de los artesanos, de donde surgieron tras la desaparición de los gremios– como por su papel de “escuela” para los trabajadores, en aspectos como la solidaridad, la gestión y su disciplina o la nueva identidad obrera, por lo que se las considera, a veces, como antecedentes de las futuras sociedades de resistencia o sindicatos.

9. AGIRREAZKUENAGA, Joseba, “Génesis de la sociabilidad moderna en Bilbao: (1800-1850) II. Tabernas y cafés”, en *Bidebarrieta* nº III (Bilbao, 1998), pp. 349-361.

10. RIVERA, Antonio, *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Vitoria, 1992.

11. ALFARO FOURNIER, Tomás, *Una ciudad desencantada (Vitoria y el Mundo que la circunda en el siglo XX)*, Vitoria, 1987.

No es un tema del que sepamos mucho, en el caso vasco, pero empezamos a contar ya con algunos estudios, como los de Ascensión Martínez para Guipúzcoa, los más puntuales de Rivera y Ortiz de Orruño para Alava y los de Ruzafa y Alonso Olea para Vizcaya, Pejenaute para Navarra, además de los que yo dediqué a Rentería¹². De ellos, –por tanto de un conocimiento todavía parcial– podríamos aventurar algunas conclusiones. Su origen en los oficios más tradicionales (pescadores, embaladores de Bilbao...) muchas veces como herencia de las antiguas cofradías, de las que conservaron algunos elementos; su implantación relativamente tardía frente a otras zonas hispanas (Galicia, Valencia...) pese a los altos niveles de industrialización; la permanencia en el tiempo de las barreras de oficio; y la fuerte presencia de sociedades mutualistas tuteladas por los patronos (tanto los grandes “capitanes” de la industria, los Ybarra o los Martínez Rivas, como también muchas de las pequeñas y medianas empresas) o por iniciativa oficial (Cajas de Ahorro y Diputaciones), éstas últimas sobre todo en el ámbito rural.

En el campo político conocemos poco sobre los marcos de sociabilidad en los que surge la nueva realidad política liberal: los incipientes partidos políticos, partidos de notables, que controlaban ya para estas fechas el poder municipal en los centro urbanos. Libros como los de Otazu y Gil Novales¹³ nos hablan, por ejemplo, de la existencia e importancia de las tertulias liberales donostiaras, como la que se denominada “El balandro”, a la que pertenecían algunos de los personajes más influyentes de la política donostiarra de aquellos años. Tertulias y conversaciones de salón o de café que se repetían, lógicamente, en Bilbao –Aguirreazkuena¹⁴, en su trabajo sobre Bilbao, destaca también la importancia de sus cafés para la política local en la primera mitad del siglo XIX– y en las otras ciudades vascas. Pero todavía sabemos poco sobre ellas.

12. MARTÍNEZ MARTÍN, M. Ascensión, *Guipúzcoa en la vanguardia del reformismo social: beneficencia, ahorro y previsión (1876-1936)*, San Sebastián, 1996, y “Las sociedades de socorros mutuos en Guipúzcoa: 1880-1936” en CASTILLO, Santiago (ed.) *Solidaridad desde abajo*, Madrid, 1994, pp. 155-176; RIVERA, Antonio, “Desarrollo y crisis del modelo de sociedad de socorros mutuos (Vitoria, 1949-1938)”, en CASTILLO, Santiago (ed.), *op. cit.*, pp. 135-144; ORTÍZ DE ORRUÑO, José M^º., “Las primeras sociedades de socorros mutuos de Álava (1847-1878)”, *ibidem*, pp. 145-154; PEJENAU, José M^º., “Las sociedades de socorros mutuos en Navarra (finales del siglo XIX, comienzos del XX)”, en *II Congreso Mundial Vasco*, Bilbao, 1988, t. VI pp. 313-330; RUZAF, Rafael, “El mutualismo obrero en Vizcaya en el siglo XIX” en *Vizcaínos rurales, vizcaínos industriales. Estudios de historia contemporánea*, Bilbao, 2002, pp. 105-137; ALONSO OLEA, Eduardo, *Mutua Vizcaya Industrial, 1900-2000. Un siglo de protección social en Vizcaya*, Bilbao, 2000; y LUENGO TEIXIDOR, Félix, “Sociabilidad y socorros mutuos: las sociedades de socorros mutuos de Rentería (1890-1930)”, en CASTILLO, Santiago, *op. cit.* pp. 177-187.

13. OTAZU, Alfonso, *La burguesía revolucionaria vasca a finales del siglo XVIII*, San Sebastián, 1982; y GIL NOVALES, Alberto, *Las sociedades patrióticas (1820-1823). Las libertades de expresión y reunión en el origen de los partidos políticos*, Madrid, 1975.

14. AGIRREZKUENAGA, Joseba, *op. cit.*

1876-1900

Los años finales del XIX y primeros del XX, son los que más hemos trabajado en este ámbito y probablemente los que mejor conocemos. Por un lado por la trascendencia de sus cambios sociales, a raíz del proceso de industrialización y sus consecuencias bien conocidas, y por otro por la evolución política y, en especial, por la nueva legislación asociativa (la Ley de 1887), que es la que va a permitir, a la larga, una proliferación de sociedades de variada y diversa tipología: de ocio, política, cultural, religiosa, etc... Esto, lógicamente, ha llamado la atención de los historiadores para el estudio de estos fenómenos, de los que, además, para estos años, empezamos a contar con algunas estadísticas, aunque sean imperfectas, y con mayor documentación¹⁵.

Son los años en los que se concluyen las obras de los ensanches de las capitales vascas, iniciados en décadas anteriores, y que dan paso ya a un nuevo concepto de ciudad, con una mayor segregación del espacio. Una división social del espacio, con un ensanche burgués, unas clases populares tradicionales que ocupan mayoritariamente los cascos antiguos y la aparición de nuevas barriadas obreras, con serias dificultades de hábitat e higiene como consecuencia de la creciente presión demográfica y la inmigración¹⁶.

Este deterioro de la habitabilidad en las viviendas obreras de las grandes ciudades o, en el caso de Vizcaya, de su zona minera, con subbarriados, pupelajes y hacinamiento¹⁷, junto a otros factores como la definitiva separación entre vivienda y local de trabajo, generalización del trabajo fabril, con la consiguiente regularización y homogeneización de horarios laborales, son las razones que suelen esgrimirse para explicar el auge de la taberna como espacio del ocio popular y obrero. Un fenómeno del que tenemos ya algunas estadísticas interesantes (por ejemplo para San Sebastián¹⁸ o las ya citadas para Bilbao, con datos para 1869) que nos confirman su importancia numérica en el País vasco, donde también aparecen abundantes noticias sobre las quejas

15. Véase, en este sentido, la comunicación presentada por Mikel AIZPURU y que se publica en este mismo volumen.

16. Sobre la construcción de ese nuevo espacio urbano y sus consecuencias puede verse el trabajo de CASTELLS, Luis y RIVERA, Antonio, "Una inmensa fábrica, una inmensa fonda, una inmensa sacristía. (El espacio urbano vasco en el paso de los siglos XIX al XX)", en CASTELLS, Luis (ed.) *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, 1999, pp. 13-54.

17. Sobre este tema PÉREZ-FUENTES, Pilar, *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína*, Bilbao, 1993 y NOVO, Pedro, "La margen izquierda del Nervión y la cuestión de la vivienda obrera: ese síntoma de la revolución industrial, en CASTELLS, Luis (ed.) op. cit., pp. 77-116.

18. Según datos del Ayuntamiento donostiarra el número de tabernas superaba ya el centenar hacia 1882. Cerca de la mitad de ellas se ubicaban en la Parte Vieja. Ver LUENGO TEIXIDOR, Félix, *San Sebastián...* op. cit., pp. 74 y ss.

que este problema del alcoholismo levantó entre los obreros “conscientes” socialistas y anarquistas¹⁹.

Junta a las tabernas hay que situar la proliferación y popularidad de las sidrerías o txakolis²⁰, que al ubicarse fuera de los núcleos urbanos, escapaban mejor al control social de horarios y ruidos que imponían las autoridades locales, por lo que se convierten en otro de los referentes básicos de la sociabilidad popular.

Por su parte la burguesía de la ciudades también busca, en estos años, nuevos espacios de relación y de ocio. Los salones de sus viviendas se han quedado ya pequeños y por eso ahora proliferarán los grandes cafés, las salas de bailes o los Casinos (El Gran Casino donostiarra se abre en 1887) que junto al teatro, los toros o la pelota (estos dos últimos con componentes más populares) y festejos organizados como los Carnavales, sirven de marco de relaciones interpersonales y sociales.

Contamos también con estudios, quizás más cercanos a lo antropológico, sobre fiestas y rituales populares en poblaciones rurales, pesqueras o mineras²¹. Entre ellos destacar un interesante trabajo de Ruzafa sobre las transformaciones que experimentan en esos años las romerías rurales vizcaínas a raíz del proceso de industrialización, que se resumen en una creciente secularización, su masificación y la aparición de nuevas actitudes (ejemplificadas en el baile a lo agarrado y la banda de música frente al tradicional y autóctono baile a lo suelto y el tamboril) en zonas cercanas al Bajo Nervión²².

En el mundo del trabajo, además de la consolidación de las sociedades de socorros mutuos, cada vez más vinculadas al trabajo fabril y a las empresas o incluso a los partidos políticos y menos al artesanado o los oficios tradicionales; lo más destacable de estos años es, lógicamente, la aparición de los primeros núcleos del asociacionismo sindical socialista. Algo más conocido y en lo que no me voy a extender ahora. También conviene señalar aquí el interés que tiene el análisis de las enormes transformaciones que supuso la consolidación del trabajo fabril en los espacios laborales cotidianos de las gentes, junto a la paulatina desaparición de otros espacios de relaciones interperso-

19. Un ejemplo de esas quejas, la proposición que elevó al Ayuntamiento de Tolosa el concejal socialista Enrique De Francisco, en agosto de 1917, pidiendo el cierre horario de las tabernas aludiendo a “*la saludable medida de higiene social de limitar la concurrencia a los establecimientos llamados tabernas...*” (Archivo Municipal de Tolosa).

20. Ver, por ejemplo, el trabajo de MACÍAS, Olga, “Los chacolés de Bilbao a finales del siglo XIX”, en *EuskoneWS&Media*, nº 168 (24-31/5/2002).

21. HOMOBONO, José Ignacio (dir.), *La cuenca minera vizcaína. Trabajo, patrimonio y cultura popular*, Madrid, 1994 y “Fiesta en el ámbito arrantzale. Expresiones de sociabilidad e identidades colectivas”, en *Zainak*, nº 15, (1997), pp. 61-100.

22. RUZafa, Rafael, “Las romerías en Vizcaya en la segunda mitad del siglo XIX: contrastes y cambio social”, en CASTELLS, Luis (ed.), *El rumor de lo cotidiano*, op. cit. pp. 283-306.

nales –por ejemplo los lavaderos públicos²³– que esa “modernidad” laboral va a ir configurando.

En cuanto al ámbito político, como siempre poco trabajado en referencia a sus posibles marcos de sociabilidad, estos son los años de consolidación definitiva de los partidos políticos y del juego electoral. Y aunque pueda señalarse una cierta persistencia de hábitos de funcionamiento tradicionales de los partidos de notables –el café o el salón privado como comité electoral, las tertulias y la rebótica como marcos del debate político– los partidos empiezan a buscar nuevas fórmulas y nuevos marcos de proselitismo, ya sean asambleas, ya sean reuniones públicas o mítines, banquetes políticos o la apertura de sus primeros círculos o centros sociales. Un tema del que todavía sabemos poco, para estos años, pero del que algunos trabajos sobre el funcionamiento y estructura de algunos partidos políticos empiezan a darnos datos interesantes. Un ejemplo puede ser la tesis de María Obieta sobre los integristas guipuzcoanos y su utilización de los “Círculos Católicos” como lugares de encuentro y promoción²⁴.

Junto a todo esto, como queda dicho, la mayor novedad en el campo del asociacionismo, fue la nueva Ley de Asociaciones de 1887, que permitirá, en los años siguientes, la aparición de una múltiple y variada tipología de sociedades voluntarias, donde destacan las vinculadas a las fiestas, los clubes privados de la burguesía (el Náutico, el Marítimo, el Cantábrico), las artísticas, las deportivas, etc... Entre ellas encontramos también las vinculadas a la música y las agrupaciones corales –que tendrán como es sabido una enorme difusión en el caso vasco– y que, en su composición y características (véase, por ejemplo, la tesis doctoral de Carmen de las Cuevas sobre el Orfeón Donostiarra²⁵) encontramos muchos rasgos similares a los de los círculos de recreo, por ejemplo, el origen humilde de sus componentes compaginado con la presencia de personajes notables de la política local, algo que también se pone de manifiesto en otras sociedades populares donostiarra. En torno a la música, aunque con un carácter ciertamente mucho más elitista, se formaron precisamente algunas de las primeras sociedades formalmente establecidas, tanto en San Sebastián –su “Sociedad Filarmónica” funcionaba ya en la década de los cuarenta– como en Bilbao que contó también con su “Sociedad Filarmónica” y, más adelante, con la sociedad “El Escritorio” o “Kurding Club”, fundada por una serie de artistas y financieros bilbaínos amantes de la música.

23. MANRIQUE, M^a. Pilar y ALBERDI, M^a. José, “Lavaderos, espacio público, genérico, de trabajo y de relaciones interpersonales. Cambios acaecidos. Guipúzcoa, 1850-1950” en *VI Jornadas de Estudios de Historia local. Eusko Ikaskuntza- Sociedad de Estudios Vascos*, San Sebastián, 1999, pp. 306-321.

24. OBIETA, María, *Los integristas guipuzcoanos: 1888-1898*, San Sebastián, 1996, pp. 137 y ss.

25. DE LAS CUEVAS, Carmen, *El Orfeón donostiarra. 1897-1997. Proyección social, cultural y educativa*, San Sebastián, 2000. Sobre la Sociedad Coral de Bilbao hay publicados diversos trabajos de María Nagore (“La Sociedad Coral de Bilbao en el contexto del movimiento coral europeo (1850-1936)”, “Orígenes del movimiento coral en Bilbao en el siglo XIX”, “La Sociedad Coral y la Orquesta Sinfónica de Bilbao. Orígenes y evolución”...).

Se ha puesto también de relieve, me refiero en concreto a la tesis doctoral de Maitane Ostolaza²⁶, para estos años finales del siglo XIX, la importancia del fenómeno de la proliferación de Congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza, y el peso que estos colegios (que llegaron a tener un 30% sobre el total de los alumnos escolarizados en Guipúzcoa en 1895, cuando en el conjunto de España la media para esas mismas fechas rondaba el 15%), en la formación y culturalización o como impulsores de valores de buena parte de la población guipuzcoana. Estamos, por tanto, ante otro marco clave de sociabilidad, como puede verse bien en el capítulo que el libro dedica al colegio de Lecároz, como conformador de una elite cultural vasca. Una sociabilidad escolar que, para fechas anteriores, ya había señalado también en sus trabajos Joseba Agirreazkuena-ga²⁷.

1900-1930

Hace ya tiempo Castell y Rivera definieron estos años, con acierto, como los años de la consolidación de una sociedad de masas en el País Vasco. En efecto, la masificación es uno de los elementos claves para entender las transformaciones de estos años. Unas transformaciones y una masificación que inciden de lleno en muchos de los ámbitos o marcos de la sociabilidad.

La marcha imparable del proceso de urbanización, indica no sólo un constante crecimiento urbano, sino también una mayor densidad demográfica, una paulatina proletarización y, consiguientemente, una cierta y creciente heterogeneidad social en los núcleos urbanos. No desaparecen los barrios obreros, característicos de los procesos de industrialización, pero los centros urbanos experimentaron una cierta heterogenización y densificación, que transformó, poco a poco, su imagen. Llegados al año treinta se hace más difícil definir la ciudad como la “ciudad burguesa”. Es ya una ciudad más “moderna”, más masificada, donde podemos hablar de una mayor democratización de los espacios públicos o incluso de las normas de regulación de su uso. Esto se aprecia en la ocupación del espacio público, lo que afecta, por ejemplo, al uso de las playas, con menor control de horarios o zonas reservadas de baños, y a las calles y locales públicos²⁸.

Esto, que repercute en su imagen, y en su modelo, afecta también de lleno a sus formas de sociabilidad. En el mismo sentido de la masificación. El ejemplo más conocido y citado es el del deporte, en sus orígenes practicado por minorías

26. OSTOLAZA, Maitane, *Entre religión y modernidad. Los colegios de las congregaciones religiosas en la construcción de la sociedad guipuzcoana contemporánea, 1876-1931*, Bilbao, 2000.

27. AGIRREAZKUENAGA, Joseba, “Génesis de la sociabilidad moderna en Bilbao (1800-1876)”, en *Bidebarrieta*, nº II (1997), pp. 233-254.

28. Ver, por ejemplo, el trabajo de WALTON, Jon K., “Policing the Alameda: shared and contested recreational space in San Sebastián, 1863-1920”, en GUNN and MORRIS, R.J. (eds.), *Identities in space*, Aldershot, 2001.

selectas, pero a partir de estos años masificado como gran espectáculo, Y no sólo el fútbol (recordemos que estamos metidos en estas fechas en los centenarios de los grande clubes vascos)²⁹, sino de otros, tan populares como la pelota (que en estos años pasa a ser también espectáculo de pago con la construcción de los primeros trinquetes o frontones cerrados), el ciclismo, las regatas, etc...

En otros espectáculos o formas de ocio podemos ver algo parecido. Es el caso del elitista teatro, ahora en crisis, sustituido por el mucho mas popular y masificado cine –del que contamos ya con algunos buenos estudios históricos, De Pablo, Ansola, Unsain³⁰–; pero también de otros, como los bailes populares y verbenas –cada vez más accesibles gracias a la mejora de los transportes públicos y de la comunicación social– la celebración de ferias o barracas, etc.

También ha pasado ya el tiempo de los grandes y elegantes cafés, que van siendo poco a poco sustituidos por establecimientos más modestos, pero más modernos en su concepción (el “vértigo” de los tiempos modernos, donde las consumiciones ya no se toman sentado sino de pie) es decir la barra americana o bar.

Estas transformaciones sociales y urbanas modificarán también las características del modelo de las asociaciones vinculadas al ocio. Frente al modelo del casino decimonónico o a los elitistas clubes privados (que sobreviven, pero cada vez más cerrados en sí mismos y con menor presencia y protagonismo en la ciudad) hay en estos años un enorme crecimiento del número de sociedades, así como de su heterogeneidad de fines y objetivos (de festejos, musicales, deportivas, regionales, excursionistas, religiosas, gastronómicas, de amigos etc...) pero que, en general, responden a unas características bastante similares en cuanto a su composición interclasista, con formas de solidaridad elemental o grupal –a menudo de cuadrillas de amigos–; y en cuanto a su espacio físico, la presencia de un local, en general modesto, pero donde no falta nunca la barra o el bar, sea cual sea el objeto definido de la sociedad.

El otro ámbito donde podemos apreciar esa creciente masificación o socialización es en el de la política, con la aparición de nuevos partidos, nuevas formas de entender la actividad de la política que entierran definitivamente a los partidos de notables y dan paso a los partidos de masas. Una creciente presencia pública de lo político que, lógicamente, infiere de lleno en sus espacios de sociabilidad.

29. MAC ALEVEY, W., “Football and local identity: the case of Athletic Club de Bilbao as seen through the growth of its crowds, 1911-1932”, en CASPISTEGUI, F.J. y WALTON, Jon (eds.), *Guerras danzadas. Fútbol e identidades regionales y locales en Europa*, Barañain, 2001; y WALTON, Jon, “Reconstructing crowds: the rise of Association football as a spectator sport in San Sebastián, 1915-1932”, en *Internacional Journal of the History of Sport*, nº 15, 1998, pp. 87-118.

30. DE PABLO, Santiago, *Cien años de cine en el País Vasco (1896-1995)*, Vitoria, 1996; *El cine en Euskal Herria*, Vitoria, 1998 y (ed.), *Los cineastas. Historia del cine en Euskal Herria*, Vitoria, 1998; ANSOLA, Txomin, *Del taller a la fábrica de sueños. El cine en una ciudad industrial: Barakaldo (1904-1937)*, Bilbao, 2002; y UNSAIN, José M^º., *El cine y los vascos*, San Sebastián, 1985.

Lo hace, tanto en el campo sindical como en el de los partidos políticos. Los primeros, en el ámbito vasco, sobre todo socialistas, pero también católicos y más adelante los nacionalistas y en menor medida anarquistas. Su actividad pública, y no sólo en la creciente conflictividad social, las huelgas y sus incidentes callejeros, que colocaron la cuestión social en el candelero de la opinión pública, desde finales del XIX en Bilbao y desde los años 20 en Guipúzcoa, sino también en la organización de mítines, charlas, debates de controversia, manifestaciones, y también en celebraciones o fiestas (giras campestres o romerías, por ejemplo, que no faltaban nunca en las celebraciones del 1º de Mayo, o misas de campaña en el caso de los sindicatos católicos) se completan también con la apertura de sus locales sociales.

Unos locales que, a menudo, compartían con sus correligionarios en partidos políticos. Estos, con una organización más moderna y dinámica, también multiplicaron su presencia pública en mítines, manifestaciones, conferencias y charlas políticas, o celebración de asambleas o todo tipo de actos políticos. Pero, además, todos ellos se preocuparon por disponer en cada localidad, de su correspondiente sede social, indispensable a partir de ahora en esa sociabilidad política como medio para el proselitismo y la propaganda. Sin duda el caso que mejor conocemos es el de los batzokis del nacionalismo vasco, no sólo por los estudios específicos (me refiero a los de Camino³¹) sino por libros como el de Aizpuru³², que destacan la importancia que las actividades de sociabilidad desarrolladas por el partido en torno a sus sedes (teatro, bailes, orfeones, euskera..) o en otros espacios públicos (excursionismo, mendigoizales, romerías...) tuvieron en su consolidación y en la conformación de una identidad partidista.

No han recibido tanta atención las Casas del Pueblo socialistas (contamos con algunas descripciones como la que nos da, por ejemplo, de la de Eibar Toribio Echevarría en sus memorias³³), ni tampoco de los círculos carlistas o de otros partidos (republicanos, liberales...). La apertura en torno a estos años de principios del siglo, de estos locales por parte de partidos con una ya larga tradición en el país, como el carlista, prueba en todo caso la consolidación de esas nuevas formas de hacer política, que contagiaron incluso a los viejos partidos. En su estudio sobre los centros carlistas³⁴ Jordi Canal, en su día, se extrañaba de la

31. CAMINO, Iñigo, *Batzokis de Bizkaia. Márgen izquierda-Encartaciones*, Bilbao, 1987; y *Batzokis de Bizkaia*. Bilbao, Bilbao, 1987.

32. AIZPURU, Mikel, *El Partido Nacionalista Vasco en Guipúzcoa (1893-1923): orígenes, organización y actuación política*, Bilbao, 2000.

33. ECHEVARRÍA, Toribio, *Viaje por el país de los recuerdos*, Eibar (reed.), 1990, pp. 121, 244 y 277. A los que hay que añadir el interesante trabajo presentado en estas mismas jornadas por Pedro Barruso.

34. CANAL, Jordi, "Espacio propio, espacio público. La sociabilidad carlista en la España del Mediterráneo en la etapa de entresiglos" en GEAS (coord.), *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Cuenca, 1999 pp. 47-64; y "Sociabilidades políticas en la España de la Restauración: el carlismo y los círculos tradicionalistas (1888-1900)" en *Historia Social* n° 15 (1992), pp. 29-47.

menor presencia numérica de locales carlistas en tierras vascas, a finales del XIX, en comparación con zonas del mediterráneo (Cataluña o Valencia). Una menor presencia que él atribuía, entre otras causas –entre las que no hay que descartar la falta de estudios y de datos más precisos–, a las diferentes características de la sociabilidad mediterránea. Hoy la razón parece que hay que buscarla mejor en la existencia, por lo menos hasta la aparición de estos nuevos partidos modernos de masas, de otros mecanismos de proselitismo y hegemonía que controlaban los carlistas (desde el púlpito, hasta el control del poder local o provincial, y el peso de los jauntxos) que los hacía innecesarios. A medida que entremos en el siglo XX, los nuevos tiempos obligaran, ahora sí, a buscar su reconocida eficacia socializadora.

Característica común a todos estos locales de partidos políticos será la de reproducir en el espacio físico, junto a la necesaria sala de juntas o salón de actos para reuniones, funciones similares a las de los locales de las sociedades populares, sobre todo la existencia de un bar para facilitar el acceso al público, su convivencia y la proyección del partido y su ideología en el entorno. La primacía de esa función socializadora llegaba, a veces, a eclipsar su supuesta misión política, lo que levantaba críticas entre los militantes más conscientes, que se lamentaban, por ejemplo de “esos batzokis sin alma, sin vida verdaderamente nacionalista... que son simplemente clubs de recreo”³⁵.

Los años 30

Si algo caracteriza a los años 30 es el dinamismo y la intensa movilización. Por eso la evolución de los fenómenos de la sociabilidad, ya expuesta para las décadas anteriores, se intensifica y magnifica en estos años, coincidiendo con la especial coyuntura política de la II República.

La democratización de la vida política, superados los años de la dictadura, tiene una repercusión indudable en la vida cotidiana. Es ahora, más que nunca, cuando podemos hablar de movilización política, con masiva afiliación a los partidos y fuerte presencia pública de su actividad. Una de las facetas más destacables, con innegable repercusión en aspectos de sociabilidad, serán las grandes concentraciones de masas. Así son los años de las primeras celebraciones del Aberri-Eguna, con masiva afluencia de simpatizantes nacionalistas; y de los grandes mítines y movilizaciones de otros partidos políticos, con ocasión de campañas electorales, campaña pro-estatuto, etc... que llenan frontones, plazas de toros...

Una movilización política que también incorpora a nuevos sectores de la población, para los que se abren nuevos marcos de sociabilidad, de clara vocación proselitista. Es el caso de la mayor presencia pública de las mujeres –que

35. Citado por CAMINO, I. *Batzokis de Bizkaia. Mârgen Izquierda...*, op. cit.,

hoy empezamos a conocer mejor gracias a los trabajos, por ejemplo, de Aresti y Llona, junto a los estudios específicos sobre la organización de las emakumes del nacionalismo vasco³⁶– o de la incorporación a los partidos de las agrupaciones juveniles, o incluso infantiles (los gaztexus: Agrupación de Niños Vasco-patriotas, de 1932, en Baracaldo)³⁷.

Unas movilizaciones socio-políticas, que también se reflejan en otras concentraciones o marcos de sociabilidad, como pueden ser las famosas peregrinaciones a la Virgen de Ezkioga o los grandes festejos religiosos promovidos desde la Iglesia y desde sectores del catolicismo político, como las Fiesta de San Francisco Javier que analizó en su día Javier Ugarte, por ejemplo³⁸.

Un clima social más abierto, la apertura que supuso el rumbo más progresista y moderno inaugurado por la república, una legislación asociativa más permisiva (la Ley de 1932)... incidieron en el dinamismo y heterogeneidad de la vida cotidiana, multiplicando los marcos de la sociabilidad. Cine, deporte, cabarets y café-danzantes, los bares, el jazz... tuvieron un gran auge durante estos años que precedieron al estallido de la guerra civil³⁹.

Y junto a ello, la creciente heterogeneidad y multiplicación de las sociedades, desde las que responden a las características más acordes a una sociedad más moderna, incorporando, por ejemplo, la presencia de las mujeres –como es el caso de algunas sociedades donostiarras– o añadiendo nuevos fines o nuevos ámbitos de referencia –los barrios–, hasta las que, probablemente como contraposición a esos cambios y como refugio y añoranza de una imagen tradicional que ven amenazada, se esforzaron en mantener sus tradiciones y sus normas inalteradas, cuyo ejemplo más definido es el de las sociedades gastronómicas donostiarras que tuvieron un auge espectacular en estos años y que acabaron “exportando” su modelo a buena parte del país⁴⁰.

36. LLONA, Miren, *Entre señorita y garçonne. Historia oral de las mujeres bilbaínas de clase media (1919-1939)*, Málaga, 2002; ARESTI, Nerea, “Diez mil mujeres... y yo. Crimen pasional y relaciones de género en el Bilbao de principios de siglo”, en CASTELLS, Luis (ed.) *El rumor de ...*, op. cit., pp. 183-206; UGALDE, Mercedes, *Mujeres y nacionalismo. Génesis y desarrollo de Emakume Abertzale Batza, 1906-1936*, Bilbao, 1993.

37. Citado en el libro de CAMINO, I., op. cit. pp. 250, para los que se organizaban, por ejemplo, “... observando que cientos de niños vivían desorientados, sin rumbo fijo...” excursiones a la tumba de Sabino Arana “...para que aprendan a amar al pueblo del cual son hijos. Allí juraban fidelidad al fundador del partido “...bendícenos Sabin... que tu espíritu viva entre nosotros. Sabin maitua ruega a Jaun Goikoa por todos nosotros...”.

38. UGARTE, Javier, “Un episodio de “estilización” de la política antirrepublicana: la fiesta de San Francisco Javier de 1931 en Pamplona”, en CASTELLS, L. (ed.), op. cit., pp. 159-182.

39. Contamos con algunos trabajos específicos sobre la vida cotidiana durante la II República, como el de DE PABLO, Santiago, *Trabajo, diversión y vida cotidiana. El País Vasco en los años treinta*, Vitoria, 1995.

40. Ver LUENGO TEIXIDOR, Félix, *San Sebastián...* op. cit. en especial el capítulo IV. Ver también AGUIRRE FRANCO, Rafael, *Las sociedades populares*, San Sebastián, 1982.

1940-1960

La guerra civil y la posterior consolidación del régimen franquista abren, como no, una nueva etapa. Son los años del primer franquismo, una etapa oscura de la que todavía conocemos poco. Sabemos que la nueva y restrictiva legislación asociativa decretada por el nuevo régimen a partir de 1941, supuso, para toda España una drástica disminución de todo el tejido asociativo; mientras que las rígidas reglas moralizadoras, las prohibiciones y la represión afectaron, no sólo a las perseguidas actividades sindicales y políticas, sino a otros muchos aspectos de la vida cotidiana y de la sociabilidad popular (carnavales, fiestas populares, actividades culturales y artísticas...).

No tenemos, para el País Vasco, datos como los que dan Pere Solá para Barcelona o Josepa Cucó para Sevilla, que cuantifiquen el descenso del número de asociaciones en estos años, pero podemos sospechar que la tónica pudo ser similar a la que ellos señalan (de casi el 88% en el primer caso y de casi el 50% en el segundo⁴¹). Pero esto habría que confirmarlo, dado que por lo menos algunas sociedades populares (gastronómicas, orfeones, deportivas) si mantuvieron, pese a todo, su actividad.

En cualquier caso la prohibición afectó a toda la actividad política, sindical y a todo lo relacionado con la cultura vasca. Los únicos espacios de sociabilidad política que se permitieron fueron los vinculados al propio régimen, al "Movimiento", una actividad de la que conocemos poco pero cuya importancia no hay que desdeñar, ya que movilizó probablemente a muchos sectores, incluyendo las juventudes ("Flechas y Pelayos", boy-scouts) o las mujeres (sección femenina), y supuso la celebración de grandes concentraciones y festejos variados⁴². Y también se mantuvieron lógicamente, los grandes espectáculos deportivos: fútbol, pelota, regatas de traineras...

Fuera de ello la prohibición de la actividad política resucitó o revitalizó viejos espacios de sociabilidad como el de las tertulias, o de actividad cultural, como el de los Ateneos que bien merecerían un estudio.

Suele destacarse como uno de los pocos ámbitos asociativos permitidos durante estos primeros años del franquismo, el vinculado a la Iglesia católica, que cobró por ello una gran importancia. En el País Vasco, como no, es en efecto un aspecto destacable y del que contamos ya con algunos trabajos, como los de Lamikiz, que estudió la red de asociaciones que funcionaron en torno a Oar-

41. SOLÁ, Pere, *Història de l'associacionisme català contemporani*, Barcelona, 1993 y CUCO, Josepa, *El quotidià ignorat. La trama associativa valenciana*, Valencia, 1991.

42. Ver a este respecto el trabajo de CALVO, Cándida, "La fiesta pública durante el franquismo. Instrumento socializador del Tradicionalismo en Guipúzcoa, 1936-1951", en *l Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Barcelona, 1992.

gui⁴³, y otras agrupaciones católicas que mantuvieron abiertos sus locales y permitieron establecer un marco de sociabilidad en torno a la organización de encuentros, excursiones y otras actividades culturales o de ocio para las nuevas generaciones, con un creciente protagonismo, incluso en el campo de la política.

1960-1975

Bien es verdad que su mayor actividad se aprecia a partir de 1960, década en que se producen ya cambios sustanciales en el clima político y social del régimen, incapaz de controlar la creciente presencia social y los espacios públicos. Los cambios legislativos en el ámbito asociativo de 1964 es una de las muestras del inevitable aperturismo de los nuevos gobiernos tecnócratas, en su intento de acercarse a Europa.

Al amparo de esos cambios –que eso sí seguían dejando en la clandestinidad los espacios políticos– el pulso de la red asociativa fue creciendo ininterrumpidamente.

Quizás entre los aspectos más destacables de estos años, cabría señalar el de los movimientos vecinales, de los que contamos con algunos estudios, como el de Víctor Urrutia para el área metropolitana de Bilbao, o el del grupo Talde⁴⁴. Unas agrupaciones de gran dinamismo en las décadas de los sesenta y setenta, reflejo de una compleja evolución social, del rápido proceso de urbanización y de las crecientes demandas de participación política, y que jugaron un papel fundamental en la recuperación de ámbitos de sociabilidad, no sólo en el terreno más conocido de la autogestión, el movimiento asambleario o el control de la gestión municipal, sino también en otros como el de la revitalización o recuperación de las fiestas (Semana Grande de Bilbao, por poner un ejemplo bien conocido).

Así podríamos decir que para cuando se inicia el proceso de la Transición política, el tejido asociativo había recuperado ya un pulso importante (en el registro de Asociaciones de Vizcaya de 1979 aparecen cerca de 1.500 asociaciones con cerca de 25.000 socios⁴⁵). Detallar la evolución de los nuevos espacios de sociabilidad desde entonces hasta la complejidad de nuestros días precisaría otra ponencia y mucho más tiempo del que aquí podemos dedicarle.

43. LAMIKIZ, Amaia, “La vida asociativa de la juventud guipuzcoana en la década de 1960: Oargui entre una recreación sana y nacionalista”, en VV.AA., *Tiempos de silencio. IV Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Valencia, 1999 y “El problema del ocio: la organización del tiempo libre de la juventud trabajadora en Guipúzcoa en la década de 1960”, en *VI Jornadas de Estudios de Historia Local*, op. cit., pp. 283-293.

44. URRUTIA, Víctor, *El movimiento vecinal en el área metropolitana de Bilbao*, Oñate, 1985 y TALDE, *El movimiento ciudadano en Euskadi*, San Sebastián, 1980.

45. Datos de URRUTIA, V., op. cit. que corresponden a 1.428 asociaciones registradas, de las cuales 447 son deportivas, 211 gastronómicas, 194 de alumnos, 193 culturales, 163 recreativas, 123 de vecinos y otras 97 varias.